

## TRABAJANDO EN EL EDÉN: SOBRE LA METODOLOGÍA DEL TRABAJO DE CAMPO

*Mario Portilla*

### Resumen

La metodología del trabajo de campo implica el aprendizaje de ciertas destrezas que, difícilmente, pueden ser adquiridas en una clase convencional de lingüística. El estudio de las lenguas de comunidades minoritarias conlleva la interacción directa con sus hablantes nativos. Por ello, es importante que un lingüista pueda tener algún acercamiento a esta práctica. El presente trabajo ofrece un recuento de algunas experiencias del autor en el estudio de la lengua térraba y del inglés criollo de América Central.

**Palabras clave:** Metodología de trabajo de campo, térraba, inglés criollo

### Abstract

The fieldwork methodology implies to learn some skills that, hardly, can be achieved in a conventional class of Linguistics. The study of languages in minority communities involves direct interactions with their native speakers. Therefore, it is relevant for a linguist to be taught in this practice. The following paper offers a record of some the author's experiences as a researcher of Terraba (Chibchan language) and of the English-based Creole English of Central America.

**Key words:** Fieldwork methodology, Terraba, Creole English

Simplificando, por supuesto, se podría afirmar que, en la profesión de la lingüística, hay dos clases distintas de investigadores: los que se dedican al trabajo de campo y los que son felices encerrados en sus torres de marfil aislados del mundo. Los primeros gustan de la aventura y disfrutan del contacto con los hablantes de una lengua, constandingo su uso y su vitalidad. Los segundos, seguramente de ánimo más introvertido, quizá de una especie más de espíritu flemático, se solazan en analizar aquellos materiales que los primeros ya han conseguido para ellos.

Quizá no sea tan descabellado pensar que algunos avatares de la historia de las teorías lingüísticas puedan, en parte, estar determinados por estas tendencias individuales. ¿No es verdad que aquellos de los reputadísimos representantes del estructuralismo han sido siempre los que más han valorado el aporte de los informantes y el contraste de sus propuestas con los materiales recogidos en el trabajo de campo? Y a los generativistas clásicos, ¿no les bastaban, para sostener sus hipótesis, tan simplemente estar a solas con sus pensamientos?

---

*Universidad de Costa Rica*

<mario.portilla@ucr.ac.cr>

Recepción: 1/6/2016- Aceptación: 25/8/2016

De estos talentos entre los lingüistas, si hubiera que elegir un personaje para servir de modelo heroico en un filme épico, sin duda se escogería al investigador de campo. Y ciertamente, por ejemplo, el célebre Henry Higgins de la obra teatral *Pigmalión* de George Bernard Shaw, también muy conocido al ser encarnado por Rex Harrison en el filme musical *My fair lady*, es el más claro paradigma del lingüista que entrega su vida, su tiempo y energía, al intrincado trabajo con informantes.

En este punto, sin embargo, debo confesar que, por desgracia, yo no pertenezco a primer grupo de lingüistas, sino al segundo, y digo esto no por desconocer la importancia capital que el trabajo de campo tiene, sino más bien por la constatación de las tendencias de mi carácter.

### Mario Portilla



Recuerdo que las cosas siempre fueron así. No en balde fui filólogo antes de ser lingüista y también fui filólogo antes de ser filólogo. A la edad de 15 años cayó en mis manos un voluminoso libro de historia de la literatura española, el cual, aparte de contener extractos amplios de los textos en análisis, también tenía bastantes fotografías de páginas de los escritos, muchas veces originales de mano de sus autores. Me fascinaba la caligrafía de estas páginas, tanto la de los copistas medievales como la escritura de los textos manuscritos del autores del Siglo de Oro y del Romanticismo. No estaba tan interesado en el contenido de los facsímiles sino en la forma de la escritura. Quizá también haya abonado a este encantamiento el hecho de que mi escritura carece de toda caligrafía.

En fin, lo que sucedió fue que, al observar una y otra vez estos facsímiles, llegué al descubrimiento de que existía una relación entre las formas escritas en letra de molde o de imprenta (llamada en ese entonces por algunos letra *script*) y las escritas en letra

de mano o cursiva (conocida como letra manuscrita). Yo había aprendido en la escuela a escribir con letra manuscrita y, ciertamente, fue hasta entonces que descubrí que esta forma de escribir era una evolución de la letra de molde. Claro, en esa época, no tenía la más mínima idea de la ciencia paleográfica ni mucho menos, y puede parecer que mi hallazgo fuera tan solo la evidencia de una obviedad. Sin embargo, para mí significó una iluminación. Y esta experiencia selló entonces mi destino.

En contra de la opinión de mi madre y para decepción de algunos de mis profesores de secundaria, quienes no terminaban de comprender cómo teniendo yo, según ellos, aptitudes para las ciencias naturales y exactas, hubiera decidido estudiar letras, dos años después estaba cursando la carrera de Filología Española.

Prácticamente en el último año de la carrera de bachillerato cuando, aparejado a un creciente desinterés por la literatura (en realidad, nunca me cautivó demasiado la producción literaria contemporánea), surgió ante mis ojos el mundo de la lingüística, que en aquellos años, estaba prácticamente limitado a solo un par de cursos. Así, pues, luego de recibir estas clases introductorios de lingüística, decidí matricularme en el programa de maestría en lingüística.

En aquella época (1982), el Departamento de Lingüística de la Universidad de Costa Rica estaba dominado por la corriente del generativismo, que era preconizado entre los estudiantes casi como una cruzada contra el oscurantismo estructuralista.

Ese mismo año Adolfo Constenla, quien acababa de reincorporarse a este departamento luego de finalizar sus estudios doctorales en la prestigiosa Universidad de Pensilvania, ofreció un curso de métodos de trabajo con informantes para el programa de maestría en lingüística. Este curso, llamado Métodos de campo, era de duración anual. Y aquel año la lengua en estudio fue el térraba, idioma costarricense de stirpe chibchense.

En este curso, además de la teoría y metodología de trabajo con informantes, era preciso llevar a cabo sesiones prácticas e individuales con el colaborador de la lengua indígena en estudio. El informante se llamaba Ricardo Gómez Salazar y era uno de los últimos hablantes fluidos de este idioma indígena.

Adolfo Constenla tenía en su haber una vastísima experiencia previa de trabajo de campo y era ya un reconocido experto en las lenguas indígenas costarricenses. Y dado que el térraba se encontraba en aquel tiempo en un casi completo estado de obsolescencia, me sugirió que realizara mi tesis de maestría sobre el tema de muerte de lenguas.

Así fue como me hallé enfrascado en largas sesiones de trabajo con don Ricardo, intentando comprender cómo funcionaba una lengua exótica completamente desconocida para mí y, a decir verdad, con unas bases lingüísticas bastante endebles. En otras palabras, de esa experiencia aprendí que la teoría sirve apenas de una difusa guía cuando hay que enfrentarse a describir la fonología y la gramática de una lengua en la vida real.

Según mi propósito, como debía describir la forma en que la sustitución afectaba todos los niveles de la lengua, hube de dominar primero la fonología de esta lengua, según establecían los consabidos principios del estructuralismo descriptivista, para luego poder acceder a los componentes morfosintáctico y léxico. Debo decir, para el desánimo de los futuros aspirantes al trabajo con informantes, que el esfuerzo por tener un mediano dominio de la fonología de esta lengua excedió el año que me dediqué al curso.

Para mí con veintiún años, ciertamente don Ricardo me parecía ya por su edad muy inaccesible. Según él, había nacido en 1909. Sin embargo, ni Adolfo ni yo estábamos seguros de ese dato.

Y no es que don Ricardo tuviera una franca indisposición hacia mí, pero yo sentía una cierta displicencia de su parte durante las sesiones. Quizá, ya acostumbrado a trabajar con un experto sobre el térraba como era Adolfo, le aburriría tener que lidiar con un inhábil aprendiz que hacía sus primeras armas en ese campo.

Para colmo, ya avanzado el trabajo, como yo debía corroborar las inconsistencias en las producciones realizadas por don Ricardo, como parte de la investigación sobre la sustitución lingüística, me veía obligado a preguntarle en distintas sesiones lo mismo que ya le había preguntado antes. Al percatarse de esto, don Ricardo asumió una posición de desconfianza hacia mí, pues, supongo, creería que yo estaba poniendo a prueba su conocimiento del térraba. A tal punto llegó su actitud de recelo que un determinado día don Ricardo se negó a responderme lo que le preguntaba, aduciendo que ya me había proporcionado antes esa información. De nada valieron mis explicaciones sobre la naturaleza de mi trabajo para hacerlo cambiar de parecer. Tuve que recurrir a Adolfo para que este lo convenciera de seguir trabajando conmigo. Accedió más porque era una obligación de su parte con los alumnos del mencionado curso de trabajo que porque estuviera convencido de la bondad de mis intenciones.

Con todo, debo decir que don Ricardo obtuvo su desquite a mis majaderías, pues de ahí en adelante se le ocurrió la genial idea de ponerme por sobrenombre *socogo*, que en lengua térraba significa 'cabeza de danta' (só = danta; kógo = cabeza), en clara referencia a mi capacidad para entender su idioma. A mí, sinceramente, más que importarme mucho el hecho de ingresar en el mundo mitológico del pueblo térraba de este modo, me interesó la variación que del sobrenombre hacía llamándome a veces *socogo* y a veces *cogoso*, pues esta alternancia mostraba la interferencia del español sobre la lengua vernácula, al colocar, en el segundo caso, el modificador del núcleo nominal de forma pospuesta, a la manera del español (kógo só = cabeza (de) danta).

Como se puede colegir, mis primeras experiencias en el trabajo con informantes no fueron del todo afortunadas. Sin embargo, sin duda alguna, me sirvieron de gran preparación para otras ocasiones en que tuve que enfrentarme a la exploración de otras lenguas mediante esta labor. A pesar de ello, también debo agradecer que el trabajo con informantes más que un verdadero trabajo en el campo era más bien un trabajo en

el jardín, pues el informante era contratado por la Universidad de Costa Rica para ese curso específico y este se trasladaba a vivir cerca del campus universitario.

Como se habrá notado, nunca he sido muy aficionado a las exploraciones y quizás tampoco a las aventuras, por ello estaba muy agradecido con don Ricardo, a pesar de los agravios, por no tener que hacer excursiones en busca de informantes. Sin embargo, mi felicidad duró poco, pues el trabajo de mi tesis me obligó a realizar algunos viajes al pueblo de Térraba en la zona Sur del país y a la localidad de New Castle en Limón, cerca de la frontera con Panamá, en búsqueda de otros hablantes semifluidos de la lengua térraba.

Fui instruido por Adolfo sobre adónde debía dirigirme y a quiénes debía buscar en el pueblo de Térraba. Y así con mi grabadora y mi apuntes en mano, tomé el autobús que me llevaría, después de varias horas de viaje, hasta la entrada del pueblo de Térraba. Luego de caminar un par de kilómetros, calculo, finalmente llegué al centro del pueblo. De camino me había encontrado a una muchacha del pueblo, más o menos de mi edad, y allí mismo procedí a realizar la encuesta que llevaba preparada. No pasó mucho tiempo para percatarme de que, desdichadamente, la situación de obsolescencia del térraba en esa comunidad era prácticamente total en esa época. Solamente, los viejos tenían algún conocimiento de la lengua, pero fluidez en este idioma no tenía ninguno de aquellos que pude entrevistar.

A finales de 1982 viajé a la localidad de New Castle en la provincia de Limón para buscar a la esposa de don Ricardo, doña Adelaida Rivera, nacida en 1922, quien vivía en aquel lugar. Adolfo me había dado indicaciones para encontrar su casa, que se encontraba bastante lejos del centro de pueblo. Recuerdo que pregunté a unos vecinos del lugar por doña Adelaida y me indicaron que debía caminar bastante en cierta dirección hasta llegar a una pequeña quebrada, cruzarla y seguir el camino hasta encontrar la vivienda. Así, lo hice: anduve, anduve, hasta que en lugar de una pequeña quebrada encontré, a mi parecer, un torrente bastante abundante de agua.

Por supuesto, mi primera reacción fue la de devolverme, pues sinceramente creía haberme extraviado, pues esa corriente no podía ser la quebrada que me habían dado por señal. Por otro lado, tampoco tenía ganas de mojarme por encima de las rodillas. Volví sobre mis pasos en medio de aquella jungla, pero me detuve y pensé que no valía la pena descaminar lo andado para tener que regresar nuevamente. Así, pues, crucé la quebrada sin tanta dificultad y me interné aún más en la selva que, cada vez más, se iba tragando el sendero que alguna vez debió haber existido.

Finalmente, luego de un buen rato, llegué a la vivienda de doña Adelaida. Recuerdo que era una casa de madera sobre pilotes, de las típicas de la provincia caribeña, de una sola habitación y semiabierta. No sé si don Ricardo o Adolfo le habían avisado o no de mi llegada, pero doña Adelaida me recibió con buena disposición. Realicé con ella las grabaciones que me había propuesto y nuevamente comprobé que su conocimiento

del térraba estaba muy disminuido, a pesar de tratarse de una hablante semifluida. Si bien es cierto ella podía construir cláusulas simples, era incapaz de llevar a cabo una narración.

Al final del día fui huésped en su casa. Recuerdo haber dormido en una hamaca, cobijado por el humo de unas brasas que debajo de la casa, para protegernos de la voracidad de los insectos, ardieron hasta altas horas de la noche.

Luego, me gradué y comencé a trabajar como profesor en la misma universidad. Por todos los medios intenté dedicarme solo al español, pues sabía que el estudio de las lenguas indígenas implicaba una labor de trabajo con informantes que rebasaba la disposición de mi carácter. Sin embargo, al parecer, mi destino en este respecto también estaba determinado.

Después de algunos años de trabajar para el Departamento de Lingüística, mis jefes de entonces decidieron que se requería que algún profesor se especializara en el ámbito de la criollística, ya que el llamado inglés de Limón era una lengua criolla y puesto que no había en el departamento quien hubiera realizado estudios doctorales en esta temática. Así, de manera paralela a las gestiones que realizara para llevar a cabo tales estudios en alguna universidad alemana, empecé a dedicarme, por mi cuenta, al estudio del inglés de Limón y a recopilar datos para mi futura tesis de doctorado.

Dado que el trabajo que me había propuesto implicaba la comparación de las variedades de inglés criollo de toda América Central, me vi en la obligación de conseguir informantes que fueran hablantes nativos de estas variedades. Y tal tarea no era del todo sencilla.

En cuanto a los informantes costarricenses, obviamente, el asunto era más simple. Aunque realicé viajes ocasionales a Limón, mis informantes principales vivían todos en San José. Algunos incluso eran estudiantes de la universidad. Recuerdo que uno de mis primeros informantes era un estudiante de administración o de economía que asistía a un curso de redacción que yo impartía. Sin ninguna recompensa, este muchacho aceptó colaborar conmigo. Poseía una notable inteligencia. Sabía perfectamente inglés criollo, además de inglés estándar, puesto que había pasado parte de su infancia en Estados Unidos. Sin embargo, por eso mismo y puesto que en el inglés criollo de Caribe existe una cierta variación sociolectal y de registro (denominada en el ámbito de la criollística el continuum postcriollo), algunas veces la información que me suministraba no concordaba con la que me ofrecían otros informantes. Así, pues, de primera mano, experimenté la frustración de un hablante, cuya variedad no es considerada ni propiamente inglés estándar pero tampoco verdaderamente criollo. Y esto, además de una injusticia, me pareció siempre una imprecisión de la teorías del continuum criollo.

¿Cómo hacer para encontrar informantes de otras variedades de inglés de América Central sin tener que viajar a todos los países de esta región? Pues por increíble que parezca, con excepción del inglés criollo de San Andrés y Providencia, a todos

los pude hallar y en poco tiempo. El método del que valí era muy sencillo: en lugares concurridos, como una plazoleta, un parque o una parada de autobuses, cuando veía a alguien de apariencia afrodescendiente le preguntaba de dónde era y si hablaba inglés. Así, por ejemplo, en una parada de autobús pude hallar a una hablante de inglés criollo de Panamá. Apenas conociéndola, le pregunté si podía ir a su casa a entrevistarla; aceptó sin mayores reticencias.

En verdad, el mayor problema con los hablantes de inglés criollo es que, en primera instancia, al educir la información desde el español, tienden a producir formas más afines al inglés estándar, pues tienen la conciencia de que el inglés criollo es una variedad subestándar de esa lengua. Por ello, ya advertido de esta situación, estaba preparado para preguntarles si también conocían tal o cual otra forma, que me habían proporcionado otros hablantes de la lengua criolla.

En el caso del inglés de San Andrés y Providencia (islas que políticamente forman parte de Colombia), debí realizar un viaje a San Andrés para recoger los materiales de la comparación. Debo confesar que este viaje para llevar a cabo el trabajo de campo tuvo de exótico y excitante lo que un viaje de turismo a esas islas paradisíacas podría tener. Aun así, tampoco la tarea de educir el material apropiado fue tan fácil.

Recuerdo que, tal vez por mi juventud o tal vez porque mi apariencia de turista de playa me traicionaba, una de mis informantes quiso bromear a costa mía haciéndome decirle algo a una de sus amigas que se acercaba a curiosar sobre lo que hacíamos. Me pidió: 'Dile a esta: *A yu gwaing grain wid mi?*'. Y yo, aunque sospechaba algo, para seguirle la corriente, se lo dije apenas nos presentaron, sin saber a ciencia cierta qué estaba diciendo. La muchacha, que no se consternó demasiado con mi pregunta, me miró de arriba a abajo y me contestó en un tono medio despectivo: *Ahora no, porque hace mucho calor* (en inglés criollo, por supuesto). De inmediato, deleitada, su amiga estalló en grandes risotadas. Pues bien, a tales humillaciones puede verse expuesto el investigador en su ardua tarea de trabajar con informantes. Debo aclarar para mejor comprensión de la historia que el verbo en inglés criollo *grain* corresponde al inglés estándar *grind*, cuyo significado, obviamente, no será necesario explicar.

Por medio de esta ocurrente informante logré contactar a otros hablantes que poseían un conocimiento muy amplio y profundo de la esta lengua criolla. A continuación transcribo algunas anotaciones de las entrevistas que llevé a cabo con varios de estos informantes con el fin de ilustrar la dinámica de educación de datos con hablantes de inglés criollo desde el español.

Parte de la entrevista consistía en educir la lista de 215 términos de Swadesh. Como he dicho, con el fin de obtener las formas más auténticas posibles, las entrevistas se llevaban a cabo en español. Las entrevistas fueron llevadas a cabo por mí (E = entrevistador) a varios hablantes nativos del inglés criollo de San Andrés (I = informante), entre el 20 y 22 de diciembre de 1989, en esta isla.

En algunos casos, la dificultad en la educción de los términos deriva de que, en la lista de Swadesh, dos rubros corresponden a uno solo en la lengua en estudio. Por ello, se debe corroborar si el informante ha comprendido bien de qué término se trata.

E: — ¿La cáscara, la corteza del árbol? (Puesto que yo ya sabía que la palabra corteza era a veces de difícil comprensión por parte de los informantes, utilicé también el vocablo cáscara)

I: — Skin (los términos son transcritos en el alfabético práctico que yo mismo he elaborado para el inglés criollo)

E: — ¿Skin?

I: — Umhm.

E: — Pero, skin es piel...

I: — Sí, pero también es ahorita la corteza, por lo que no se diferencia. Es Di skin fi di trii [La corteza del árbol].

E: — ¿Y existe baak? (Aquí estaba tratando de corroborar si conocía o no la palabra bark, afín al inglés estándar)

I: — Di baak, ah, dat iz... eh... pero de mm... pero de una (sic) árbol de plátano, le dicen baak.

Así, se pudo concluir que la palabra criolla *skin* corresponde a las nociones de *skin* 'piel' y *bark* 'corteza' que presenta la lista de Swadesh.

Otro ejemplo de esto es el siguiente:

E: — ¿Cómo se dice respirar?

I: — Bluo.

E: — No, respirar.

I: — Buo.

E: — ¿Y briid?

I: — Briid iz Íngglish. Bluo iz di Karíibian won. [Briid es en inglés. Bluo es en caribeño]

Como es evidente, en esta variedad de inglés criollo, las nociones de Swadesh *blow* 'soplar' y *breathe* 'respirar' corresponden a mismo rubro *bluo*.

En otras ocasiones, en la lengua en estudio, existe más de un término para referirse al significado que se indica en la lista de Swadesh. En estos casos, se debe tratar de establecer la opinión del informante sobre cuál de los términos sinónimos es el más usual.

E: — ¿Cómo se dice golpear?

I: — Hit.

E: — ¿O lik?

I: — O lik.

E: — ¿Cuál es más corriente lik o hit?

I: — Aquí lik.

El ejemplo anterior es interesante además porque muestra que no siempre el informante responde primeramente con la palabra más usada. Esto podría haber sucedido porque *hit* es una palabra propia del inglés estándar, mientras que *lick* constituye una forma dialectal más bien coloquial.

E: — ¿Cómo se dice ustedes?

I: — Yuáal... únu.

E: — ¿Cuál se usa más?

I: — Únu.

En este caso, al igual que anteriormente, el hablante prefiere enunciar primeramente la forma más afín al inglés estándar *you-all*, a pesar de que el término *únu* (un préstamo del *twi*, lengua africana de la familia atlántica) es más usado en las variedades de inglés criollo del Atlántico.

Un caso especial de esta sinonimia está constituido por las palabras *tabú*, como en el caso de aquellas referidas a ciertas partes del cuerpo.

E: — ¿Cómo se dice seno, la teta?

I-A: — Bobí.

E: — ¿Bobí?

I-B: — Bobí. An bres.

I-A: — Bobí an bres.

E: — ¿Y no existe también tití? (Yo ya conocía este término por mis investigaciones sobre otras variedades de inglés criollo)

I-A: — Tití también. Tití, bobí an bres, aal di siem. Lísín, wen dem gat di big tití, dem kaal it bobí. Wen dem get líkl wan, dem kaal it tití. Di líkl pikní, dem gat tití and di úman, dem gat bobí. [Tití, bobí y bres, todo es lo mismo. Mirá, cuando tienen senos grandes, les dicen bobí. Cuando los tienen pequeños, les dicen tití. Las chiquitas tienen tití y las mujeres tienen bobí.]

El hecho de que el investigador haya usado dos términos, *seno* y *teta*, para referirse al significado que presenta la lista de Swadesh (*human*) *breasts*, se debe precisamente a tratar de evitar que los informantes dejaran de usar algún término por razones eufemísticas. La explicación de la informante A es totalmente elocuente y no necesita ninguna precisión en cuanto a la diferencia entre *bobí* y *tití*. Sin embargo, no queda del todo claro cuál término es más usado en la comunidad. El siguiente extracto de la entrevista con otro informante arroja luz sobre este punto.

E: — ¿Cómo se dice seno?

I: — Bobí (Risas)

E: — Bobí. ¿Y no existe ti...?

I: — (Interrumpiendo) Bres or tití. Or bres, pero normal aquí dice bobí.

En innumerables ocasiones, un informante puede interpretar erróneamente lo que se le pregunta, ya sea porque el término es ambiguo, ya sea por un simple descuido.

E: — ¿[Cómo se dice] pluma?

I: — Pen.

E: — No, pero pluma de un pájaro, por ejemplo.

I: — Féda.

En este caso, el equívoco en la respuesta se debió a la ambigüedad del término *pluma* del español, que corresponde en inglés tanto a *feather* como a *pen*.

Lo mismo sucede en el siguiente ejemplo, en que el término *cielo* del español corresponde tanto a *sky* como a *heaven* en inglés. Por supuesto, la lista de Swadesh se refiere al primer sentido.

E: — ¿[Cómo se dice] cielo?

I: — Hévin.

E: — Pero ese es el de Dios. ¿El cielo así, azul?

I: — Skai... Pero, es que hévin es cielo...

E: — ¿También usted dice: Di hévin iz bluu? [El cielo (de Dios) es azul]

I: — No, di skai iz bluu. [el cielo es azul]

E: — Ah...

I: — Es que usted me preguntó cielo. Cielo es hévin.

E: — Hévin pero con Dios, el cielo de Dios.

I: — Sí, pero es que no puede decir que el cielo es azul, tiene que decir: Di skai iz bluu.

E: — Ajá.

Esta claro que la discusión teológico-astronómica pudo haber continuado por mucho más tiempo. Sin embargo, habiéndome aclarado la cuestión de que el inglés criollo no difiere del inglés estándar me di por satisfecho y decidí dejar el asunto.

En otros casos, simplemente, se trata de un simple malentendido. Pero si el investigador no está atento, puede ser conducido a error fácilmente.

E: — ¿[Cómo se dice] desafilado, un cuchillo que no tiene filo?

I: — Sháapin, sháapm.

E: — ¿Y dol?

I: — Dol es cuando no tiene. Si usted quiere afilado, usted dice sháapin.

El inglés criollo del caribe difiere notablemente del inglés estándar. Esto es así especialmente en los niveles fonológico y morfosintáctico, pero también lo es incluso en el vocabulario. Los siguientes ejemplos ilustran esto.

E: — ¿[Cómo se dice] pierna?

I: — Fut.

E: — No. Toda completa.

I: — Fut.

E: — Fut también. ¿An leg? [¿Y leg?] (Influidos por el inglés estándar, algunos informantes de otras variedades me habían proporcionado el término afín estándar leg)

I: — Legz. Es que depende de la parte de las piernas que le voy a decir.

E: — Sí, todo esto (señalando desde el muslo hasta los tobillos).

I: — Uhm, uhm. Es que aquí nosotros no... Pierna es acá, yu kaal it fut or fiits. Den, yu av shénkl, nii, legz. Yu andastán? [usted le dice a esto fut o fiits. Luego, uno dice muslo, rodilla, 'pierna'. ¿Me entiende?].

E: — Legz.

I: — No, legz no es pierna.

Evidentemente, en ese momento no logré comprender al informante. Lo que sucedía es que en el inglés criollo la palabra *fut* tiene el significado tanto de 'pie' como de 'pierna', es decir, el significado de *fut* abarca desde el muslo hasta la punta del pie. En mi afán de corroborar la información suministrada hizo que el hablante se confundiera un poco y dudara en su respuesta, también debido a que en estándar existe la distinción mencionada.

E: — ¿[Cómo se dice] morir?

I: — Ded.

E: — ¿Y también dai?

I: — Dai es el inglés perfecto.

E: — Ok.

I: — O dai es el pasado de ded.

El ejemplo anterior ilustra dos aspectos interesantes, aparte de mostrar las claras diferencias entre el inglés criollo y el estándar: Uno es que los hablantes de la lengua criolla tienen bastante conciencia del superestrato. Una idea romántica bastante generalizada en las personas es que, en el algún lugar del planeta, existe una forma de hablar correcta. Y el otro aspecto es la idea, obviamente justificada, de que la variación en las formas responde a algún tipo de sistema ('dai es el pasado de ded'). En realidad, lo que sucede es que la palabra criolla *ded* significa tanto 'estar-muerto' (*to be-dead*, afín al estándar) como 'morir' (*to die* en estándar). Es decir, que simplemente la forma *dai* no existe en criollo.

El último caso que cito de ejemplo ilustra la imperiosa necesidad de que el investigador muestre la disposición a aceptar los hechos lingüísticos que se le presentan aunque estos contradigan la información con la que ya cuenta.

E: — ¿Cómo se dice la garra, la mano del tigre, por ejemplo?

I: — Paa.

E: — Pero eso es como pata.

I: — O sea di paa, di táiga paa.

E: — Ah, ok. ¿Y no existe táiga kaa?

I: — Eso ya es inglés.

E: — ¿Cómo sería?

I: — Paa.

E: — La otra...

I: — (la informante titubea en la respuesta)

E: — ¿Klaa es? ¿O cómo es?

I: — Ye [Sí], se me olvida... paa.

E: — ¿Klaa no existe? ¿Klaa, di táiga klaa, no?

I: — No.

Tal insistencia de mi parte se debía, sobre todo, al hecho de que sabía, por mis investigaciones de campo sobre otras variedades de inglés criollo de América Central, que también existía el término *klaa* con el significado de 'garra'. Esta forma era afín al inglés estándar *claw* y, por las correspondencias fonológicas, parecía ser un étimo patrimonial heredado. A pesar de ello, abrigaba también ciertas sospechas con respecto de esta palabra porque siempre había tenido dificultades para educir este término. Por ello fue que me apresuré a indicar que por garra me refería a la 'mano del tigre, por ejemplo. En esta entrevista quedó claro que esta palabra no es conocida en esta variedad de inglés criollo. Actualmente, creo que, muy probablemente, no haya existido un término exclusivo para este concepto en el protocriollo inglés del Atlántico.

Al regreso de mis estudios doctorales, he dedicado buena parte de mi tiempo a la descripción del inglés criollo de Limón. Sin duda alguna, nada hubiera logrado sin la colaboración de mis amigos hablantes de esta lengua.

Anita Herzfeld, la gran especialista del inglés limonense, me puso en contacto con Franklin Perry, otro infatigable estudioso de esta lengua, y él fue quien me presentó a Marcia Reid, quien ha sido la informante principal en mis investigaciones.

Durante muchos años he compartido horas de horas de trabajo con Marcia. Ella posee una singular intuición de la lengua, una paciencia y buen humor infinitos, que la hacen la informante ideal para cualquier investigador.

A pesar de todo, nuestro trabajo nunca dejó de ser arduo. Recuerdo las largas sesiones dedicadas a desentrañar las intrincadas reglas de la prosodia del inglés criollo limonense, que acometimos a mi regreso de los estudios doctorales, cuando en verdad yo apenas conocía superficialmente esta lengua. Y de tanto escuchar y de tanto repetir, quizás siento ya más familiar el inglés criollo que el mismo estándar.

Pero doña Marcia, no es solamente una 'buena informante', no es solamente una bilingüe perfectamente balaceada del inglés criollo limonense y del español costarricense, no es solamente alguien que responde con propiedad a las preguntas que un investigador externo a la comunidad lingüística le pueda formular. Ella es, sobre todo, una creadora de lenguaje. Y más que una escritora, es una poetisa. Y, ¿cómo podría entonces el arrogante investigador de campo, el sabio especialista en la ciencia lingüística decir algo si ni siquiera puede dar respuesta a su pregunta?

Dem se mi se,  
 yu se dem se  
 mi di se, e!  
 A we aal a dem se a se  
 if a dom man a taak?

[Dicen que digo,  
 dices que dicen  
 que he dicho, ¡eh!  
 ¿Y qué son todos estos dimes y diretes  
 si incluso es un mudo el que habla?]

A modo de conclusión, diré que, aunque no me retracto en la afirmación de que el trabajo de campo no es lo mío, ciertamente debo aceptar que he sido un privilegiado por haber tenido la oportunidad de relacionarme con tantas personas generosas que han dedicado parte de su tiempo a compartir sus conocimientos con quien tan solo mostró un poco de interés por conocer algo del maravilloso mundo de su lengua.



